

predicadores ordinarios; en el dia se necesitan predicadores extraordinarios; se necesitan predicadores de quienes se haya apoderado el Espíritu del Cenáculo; se necesitan apóstoles; se necesitan Pedros, que asombren con sus discursos y conviertan con sus prodigios á la multitud de paganos y malos cristianos que ocupan nuestras ciudades y pueblos. Se necesitan Pablos, que con la vehemencia de su celo obliguen á los cristianos del dia, como en otro tiempo á los de Efeso, á presentar en plaza pública esa multitud de libros abominables que han trastornado y trastornan la fe de muchos, y corrompido y corrompen las costumbres de casi todos. ¡Ah! Una hoguera, mil hogueras, formadas de ellos en medio de las plazas y cuyas llamas subiesen hasta el cielo, llevarian á la presencia del Altísimo un olor de suavidad que aplacaria su ira tan justamente irritada contra nosotros, y nos atraerian mil riquezas de fe y de religion, y mil bendiciones de paz y de consuelo. En el dia, repito, se necesitan predicadores extraordinarios, se necesitan Boanerges, hijos del trueno, que llenen de terror y de espanto á esas almas insensatas que caminan, como víctimas engalanadas y con los ojos vendados, á sepultarse en el infierno: porque, católicos, nos hemos alejado ya tanto del camino que llevaron los primitivos cristianos, hemos bajado tantos escalones y dado tantos pasos en el camino de la relajacion, y nos hallamos tan sumergidos en el cenagoso y corrompido mar de los vicios, que solamente apóstoles, ó predicadores, poseidos del espíritu de los apóstoles, parece que pueden sacarnos de este podrido abismo.

Terrible es, cristianos, el estado en que nos hallamos, espantosa la corrupcion de nuestro siglo. Lo habeis oido y por desgracia no sobran sinó hechos para probarlo. ¿Qué nos resta pues que hacer, mis amados? Eso es muy claro. Que cada uno de nosotros enmendemos nuestra vida. Los que se hayan arrojado al espantoso mar de los errores, acogiéndose á la nave de la Iglesia, fuera de la cual no hay vida eterna; y los que se hayan dejado arrastrar del asqueroso torrente de los vicios, asiéndose para salir y librarse de él á la tabla de la penitencia, sin la cual tampoco hay para ellos vida eterna.

¡Dios de las misericordias! Vos, Señor, veis nuestro lastimoso estado; compadeceos de nosotros. Enviad sobre los ministros de vuestra Esposa la Iglesia aquel espíritu de poderío y de celo que derramasteis sobre los apóstoles para la reconquista del universo. No es hoy ménos necesario para la reforma del Cristianismo. Enviad, Señor, vuestro espíritu de santidad, y el Cristianismo se reformará, y las costumbres recobrarán su pureza, y nosotros volveremos á presentar al

universo los hermosos dias de nuestros padres; y despues de pasar en virtud nuestra vida sobre la tierra, iremos á recibir su premio eternamente en el cielo, donde vivis y reinais por los siglos de los siglos. Amen.

## EDUCACION CRISTIANA.

*Patres, educate filios vestros in disciplina Domini.*

Padres, educad á vuestros hijos instruyéndolos segun la doctrina del Señor.

(EPHES. VI, 4.)

Sin fijarnos en las influencias particulares que ejerce el matrimonio en la educacion, principio este discurso sentando esta verdad: Que todos los matrimonios deben de ser puros y religiosos, y que así es como se experimenta la realizacion de la dicha entre los esposos, y entre éstos y sus hijos. La educacion está en germen en el matrimonio, y es muy justo bendecir al Salvador por haber elevado á la dignidad de sacramento el compromiso más solemne é importante de la vida humana.

Oigamos al grave Tertuliano celebrar con las expresiones sublimes que le son familiares la grandeza del matrimonio católico: «Cómo mi boca, exclama, podrá demostrar suficientemente cuanta gloria y felicidad se encierra en esta santa alianza que la Iglesia anuda, que la oblacion del sacrificio confirma, que el sello de la bendicion consagra, que los ángeles publican como testigos, y que Dios Padre ratifica en los cielos? Dos fieles sobrellevan el mismo yugo, oran juntos, y unidos ayunan, van á la iglesia y á la mesa Eucarística, así en las turbulencias como en la paz.»

Es deplorable, muy amados hermanos nuestros, que un materialismo enteramente pagano quite tan á menudo al matrimonio ese carácter de gravedad santa y dulce armonía que le ha impreso el Cristianismo. Se consulta á los sentidos y no á las almas, á la fortuna y no á los corazones; los intereses temporales arrojan al olvido los de



la eternidad: profanada la bendición, se convierte en un tesoro de cólera, y el santuario de la familia se colma de prevaricaciones; y como en los esposos todo se hace hereditario, resulta, por consiguiente, que el bien ó el mal no es solo para ellos, y que los pobres hijos están condenados á sufrir la pena debida á los vicios de sus culpables padres. Despues se espanta uno de la tempestad que amenaza, de las separaciones que se efectuan, de los escándalos que se hacen eternos; y uno se cree autorizado á ocuparse de todo ménos de sí mismo: ¡ tan difícil es á la ceguedad del hombre el discernimiento de la justicia divina, aún en aquellos acontecimientos en que resplandece de la manera más terrible!

Una vez constituida la familia, es como la atmósfera moral del hijo, en medio de la cual respira su alma, y el campo en que vá á crecer y á desarrollarse. El niño es una planta tierna y delicada que exige mucha atención y sabiduría para que, por cuidados inoportunos, no se entorpezca su vegetación, para apartar de ella yerbas parásitas y venenosas que se apresuran á disputarle los jugos de la tierra y el rocío del cielo, para no encorvarla, en fin, cediendo fuera de tiempo al deseo de dirigirla.

Padres cristianos: que la decencia de vuestro lenguaje, la regularidad de vuestras costumbres, la elevación de vuestra alma y la alegría serena que rodea toda vuestra persona, sean el primer libro puesto á la vista de vuestros hijos, y vosotros los vereis florecer como plantas jóvenes de olivo que circuirán de una corona bendita la mesa y el hogar domésticos.» Vuestra casa «se cubrirá de una auréola de gloria, y vuestras alabanzas saldrán de boca de cuantos os rodeen.» Esto es lo que me propongo demostraros, despues de pedir los auxilios de la gracia: A. M.

1. Fijada la atención en la mayor parte de las familias, en todo aquello que tiende á preservar los cuerpos de los menores peligros que pueden amenazarles, se olvida con demasiada frecuencia que la casa paterna es la estancia moral de los hijos, y que bajo este punto de vista, ella contiene su ambiente vital ó contagioso, su cielo empañado ó sereno, su régimen funesto ó saludable. La familia se refleja en el alma del niño. Si el espíritu de la familia es grosero ó frívolo, material ó mundano, empapado enteramente en el deseo de riquezas ó infatuado por futilidades, extasiándose con los placeres, las modas, los teatros y las novelas, estad seguros de que el carácter del niño experimentará poco á poco la influencia.

Creéis tal vez, que esas conversaciones en que os manifestais sin

violencia, no las escucha vuestro hijo, ó que apenas las comprende; pues dejad correr el tiempo, y vereis en él más tarde con dolor, bien un natural torpe y trivial sin resolución para seguir las grandes inspiraciones de la inteligencia y del corazón, ó bien un espíritu ligero y ávido de goces, que rechazará el trabajo y las ideas juiciosas, y que sucumbirá con la facilidad más deplorable á las fatigas del estudio ó á los combates de la virtud.

Tened presente que hay en el alma de un niño una lógica inflexible, que le lleva casi sin conocerlo á sacar consecuencias prácticas de todo cuanto ve y cuanto oye. Por un instinto invencible, por una insaciable curiosidad, descenderá hasta lo más profundo de la conciencia de sus mayores para buscar sus vicios ó sus virtudes y apropiárselos. Cada una de sus infracciones á la divina ley será como una mancha original, que insinuándose hasta en los más ocultos senos de su ser, corromperá en su origen las más felices inclinaciones. Así pues, si se le enseña á que crea, y uno es incrédulo ó indiferente, no tardará en conocerlo, y muy luego de las lecciones de su madre acudirá á los ejemplos de su padre. Nadie se burla de Dios impunemente: siempre y por todas partes se le encuentra; y si tan á menudo recompensa la piedad de las madres con la piedad de los hijos, ¿no podrá considerarse como castigo de la irreligiosidad de algunos padres los errores y disgustos causados por los desórdenes de sus hijos?

Un sábio del último siglo dijo: «Mi juventud la he pasado respetando los ancianos; es preciso que pase mi vejez respetando los niños.» Esta palabra tan religiosa y tan llena de sensibilidad, habia sido ya pronunciada por la filosofía en boca de uno de sus poetas. ¡ Qué no nos sea dado de hacerles comprender á todos aquellos que han despojado á la familia de estas costumbres tan impregnadas de fe y de decoro, que ellas son su ornamento y su felicidad! Sí: respetad á vuestros hijos, les diremos nosotros: respetad á su inocencia, respetad á su edad tan impresionable. Vuestras tertulias, vuestros libros, vuestros folletines, vuestros cantares, vuestros cuadros, vuestros adornos; todo ese lujo debilitante y anticristiano que ostentais á su vista, los predispone para esos desórdenes que estallan más tarde con aparente instantaneidad cuando han sido fomentados por esas costumbres afeminadas y voluptuosas de la casa paterna.

¡ Oh jefes de familia! no seais los sacrificadores de la inocencia, precipitándola en medio de los peligros que acompañan siempre á las numerosas reuniones. El ojo del sábio se detiene dolorosamente ante esas concurrencias estrepitosas en que las virtudes están aisladas y todos los vicios puestos en comun.



¡ Felices, al contrario, los hijos, cuando el espíritu general de la familia no conoce otras reglas que las de la sabiduría cristiana ! Esas consideraciones recíprocas, esa sobriedad en los gustos y en los deseos, el amor de los pobres, la asistencia á los oficios divinos del domingo, la frecuente participacion de la confesion y de la comunión católica, las oraciones de la noche en comun, y la amable piedad de la madre y las animadas virtudes del padre : estas dulces y religiosas imágenes dejan en los corazones jóvenes impresiones que no borran ni aún la pérdida de aquellos de quienes de ellas somos deudores.

Muchas veces nos hemos preguntado con terror : ¿ cómo á veces de padres virtuosos nace un hijo perverso ? No es este el lugar á propósito para resolver una cuestion que toca á uno de los misterios más impenetrables del orden moral ; pero cualesquiera que sean las excepciones, reconozcamos como una ley general y providencial, que la virtud se comunica como la vida y con la vida misma ; que los padres pueden desarrollar el gérmen en sus hijos con santos ejemplos, ó sofocarlos con una conducta opuesta ; y que la voluntad firme de propagar la virtud produce más grandiosos efectos de lo que ordinariamente se cree. Si David, homicida, se vió precisado á huir para eludir los golpes de un hijo parricida, Jacob y Tobías encontraron en el hijo de su predileccion, no solamente el báculo de su vejez y la luz de sus ojos, sino al salvador de su familia y la gloria de su nacion.

2. Veamos ahora la accion del padre y de la madre concurriendo cada uno por su parte especial á la educacion doméstica.

En la edad primera, la preponderancia pertenece á la madre ; dedicado el padre á los negocios, á la sociedad, á la pátria, la madre lo está enteramente á su hijo : le sacrifica su reposo, su sueño, sus placeres y su propia sustancia : se consagra á él : le tiene siempre en sus brazos ó á su vista : le enseña á pronunciar y dirige sus primeros pasos. Si el niño es exigente, la madre es tolerante ; y todo cuanto el niño debe recibir lo recibe de manos de su madre. De este cambio armonioso resulta que la madre ejerce una influencia íntima y profunda, siendo ella realmente la primera directora del infante.

De aquí es, que la experiencia y la historia atestiguan siempre la influencia materna sobre el carácter y el genio especial de cada individuo. ¿ Quién no admira en el Antiguo Testamento el valor heroico y la sublime dignidad de la madre de los Macabeos, resistiendo de frente la tiranía salvaje de Antíoco ? Pues bien, esta mujer fuerte crió siete hijos tan fuertes como ella, que prefirieron la muerte en el martirio al quebrantamiento de su fe.

El natural ardiente de S. Agustin le arrastró por largo tiempo como una nave extraviada á los abismos del vicio y del error ; pero él llevaba en el fondo de aquella alma perdida una imagen que conservaba la pureza, una memoria que le llamaba á Dios y al cielo, una oracion que le vituperaba el envilecimiento de su dignidad. Estas eran la oracion, la memoria y la imagen de su madre.

Los nombres famosos que la posteridad ha infamado ó ensalzado, revelan casi siempre la idea de una madre, culpable ó virtuosa, con quien comparten su vergüenza ó su gloria. Así es como el genio disoluto y sanguinario de Neron recuerda los comportamientos de Agripina y odios homicidas, y así es como el alma hermosa de san Luis sale de la reina Blanca cual una dulce y radiante flor de un tronco fragante y bendito. Se ha dicho que la madre de Bossuet era de alma grande, de espíritu elevado y de costumbres austeras : la de Fenelon llevaba en sí un tesoro inagotable de dulzura y de misericordia ; y la de Vicente de Paul debió ser, en la oscuridad de su humilde condicion, una de esas excelentes y juiciosas mujeres de alma piadosa y de corazón atractivo, prontas siempre á prestarse á todo género de servicio.

Un historiador, que ha sido como la personificación de la gloria en los últimos tiempos, hablando del hombre, ha sentado esta proposicion que admira en su boca : « El porvenir de un niño es siempre la obra de su madre »

Quando se piensa, en efecto, que las caricias de nuestra madre son nuestros primeros goces ; que ella es la que muy temprano pone en nuestros labios el nombre del Padre que tenemos en los cielos ; habitúa nuestros oídos á los cánticos piadosos de la Iglesia y nuestros ojos á la augusta magnificencia de sus solemnidades : cuando se pesa esta influencia de todos los dias, de todos los momentos y las impresiones inefables que de ello resultan, no puede negarse la verdad de esta otra proposicion de un moralista inglés : « Con la madre ha escrito la naturaleza en el corazón del niño. » ¿ Y quién no sabe que el corazón del niño se convierte despues en corazón de hombre ?

A medida que nosotros tocamos las tristes realidades de este mundo, perdemos, en verdad, la hermosura de nuestras impresiones de la infancia, las dulces emociones, las inocentes alegrías del hogar paterno, esa expansion de afectos que no conocen ni la perfidia ni la ingratitude : olvidamos, puede, las últimas prevenciones, los piadosos ejemplos de la familia : sentimos debilitarse ese feliz natural, ese instinto de virtud, esos arranques generosos hácia todo lo bueno, noble y servicial ; este es el amargo grano unido á todo humano destino.



el pensamiento que obra un día nuestro desencanto, y las flores más bellas del alma marchitas y desecadas por el borrascoso soplo de la vida.

Y sin embargo, existe aún en el sér una íntima region donde pueden respirarse los perfumes, y en que cada uno puede encontrar algunos de los tiernos y arrobadores recuerdos de la infancia: santuario delicioso, en el cual, para sentirnos revivir, buscamos algo de entusiasmo, algo de arrepentimiento, un poco de divina poesía, una lágrima en el infortunio, un impulso hácia Dios, un esfuerzo generoso para volver á él, y esa quimera de tristeza y de amor que nos predice nuestro destino. Pues bien, esta porcion inviolable de nuestra alma que sobrevive á todas las decepciones, ese bello y religioso lado de nosotros mismos, ¿no es nuestra madre, de la que Dios se ha servido para formarla? Puede hallarse oculta á nuestra vista y permanecer inerte dentro de nosotros mismos; pero el nombre y la memoria de nuestra madre la resucitan y resplandecen; y en este caso ¿quién puede decir á dónde llegará la energía de nuestra virtud y de nuestra conversion?

¡Oh madres! no lo olvideis jamás: en vuestras manos descansan con el porvenir de vuestros hijos, el espíritu de los pueblos, sus preocupaciones y sus virtudes; porque si los hombres dictan las leyes, las mujeres forman las costumbres, que gozan de más influencia que aquéllas en los destinos del mundo.

Guardémonos no obstante, muy queridos hermanos nuestros, de desconocer la parte que le toca al padre en la educacion doméstica. No puede ser todo deferencia y dulzura en la educacion de los hijos, porque no es toda virtud en su naturaleza. El hombre nace exigente y violentamente inclinado hácia el amor exclusivo y predominante de sí propio: es naturalmente perezoso, colérico, terco, é inclinado á cuanto ofrece el goce de sus instintos originales: de aquí, la idolatría de la razon y de los sentidos; de aquí, ese ardor desenfrenado por todo lo que mantiene en él ese doble atractivo. Ved, pues, el niño; ved ahí el hombre de naturaleza decaída.

¿Quién sujetará pues, las tendencias de su voluntad y las inclinaciones de su alma? ¿Quién comprimirá esos arranques de perversidad? ¿Quién corregirá oportunamente esas manifestaciones á fin de imprimir fuertemente en el alma del niño las nociones del deber? Evidentemente es necesario que á la direccion de la madre se junte una razon más circunspecta, una voluntad más firme. Al padre le toca llenar esta funcion de autoridad y de justicia, así como tambien la de compensar con su dignidad y su fuerza lo que la ternura ma-

ternal podría tener de blando; y por último, provocar y garantir el respeto, la subordinacion, el trabajo, el valor para vencerse y sufrir, y todas esas virtudes vigorosas y fuertes que constituyen los caracteres magnánimos y los hombres de alta probidad.

Se deplora, muy queridos hermanos nuestros, la desaparicion de esas costumbres graves y antiguas de que habreis podido encontrar aún algunos restos nobles en vuestro alrededor. Basta echar una ojeada sobre el mundo moderno, para conocer la poca consistencia de las ideas en que está sostenido. El poder carece de autoridad; la obediencia, de amor; la ambicion vende y compra las conciencias á cielo raso; y se ve una generacion entera sumida en el más incurable materialismo, que se manifiesta en esa idolatría exclusiva por el oro, y en la indiferencia más completa por cuanto tiene relacion con los grandes intereses de nuestra eternidad. De esto es causa sin duda la ausencia de la ley, que es la que suministra las fuertes convicciones; mas tambien lo es la debilidad de la autoridad paterna. Despierta y poderosa en las costumbres de nuestros abuelos, comunicaba á la educacion una tendencia formal, disciplinada y varonil, que templaba vigorosamente las almas y aumentaba su energía, impidiéndolas que se abriesen demasiado pronto y demasiado fácilmente. Se ha creído, por desgracia, que en este imperio de la autoridad paterna todo era falso y exagerado, y se le ha casi destruido en vez de dulcificarlo.

Todos esos usos venerandos que hacian del padre el rey del hogar doméstico, y todas esas formas de respeto y de deferencia que le collocaban en una esfera superior é inviolable, se han abolido casi enteramente. El padre ha cesado de ser señor de su hijo; se ha hecho su igual y á veces su súbdito. El niño le tutea y le manda; toma parte en sus diversiones; es admitido en todas sus conversaciones, y bien pronto es el depositario de sus confidencias: ya no queda distancia entre él y su padre; y ved aquí lo que se nos presenta como el triunfo de las luces, la reforma de la época; y se le califica de progreso. Nosotros le llamamos desventura, no pudiendo olvidar estas palabras del Espíritu de la verdad: «No os riáis demasiado con vuestro hijo, si no quereis que os obligue despues á derramar lágrimas, y á temerle tanto como le hayais amado.»

Que en las costumbres de la familia se haya verificado un cambio análogo á las de la sociedad, y que se encuentre en lo sucesivo la gerarquía ménos dividida y ménos solemnizado el respeto, lo comprendemos; y con tal que los términos santos establecidos por la naturaleza y por la religion no sean conmovidos, no veremos en ello más



que una extension natural del espíritu cristiano, que es todo amor, indulgencia y bondad; pero de esto á ese radicalismo doméstico, á ese nivelamiento de la familia que hemos anotado, hay un abismo, y deploramos que ese abismo se salve con tanta facilidad.

Ved los resultados en esa multitud de jóvenes envejecidos ántes de tiempo, exaltados con su propia estima, espíritus descaminados, imaginaciones perdidas, corazones marchitos y pacientes. Se juzga al mirarlos, y el corazón se parte con esa imágen dolorosa, que son una aparicion repentina de esas generaciones soberbias y arrogantes de que habla la Escritura: hijos demasiado culpables, que despues de haber hecho correr las lágrimas de los ojos de sus madres, amenazan precipitar á la familia y á la sociedad en horribles abismos.

¡ Oh padres! vuestra tarea y vuestra obligacion es la de evitar esas desgracias: os pertenece el apostolado de la autoridad y del ejemplo: vuestra parte es, pues, necesaria, grande y preciosa en la educacion de la familia; pero guardaos de olvidar que trabajareis en vano, si Dios y la religion santa no trabajan con vosotros. « El hombre planta, riega con sudor la tierra que cultiva; pero solo Dios obra su acrecentamiento.»

Por eso es necesario, muy queridos hermanos nuestros, acudir siempre á la religion, así en orden á la educacion como en todo. Hija del cielo, atravesó los malos tiempos, recogiendo los restos de la ciencia y de las letras. Asíó á nuestra patria en su cuna, y la comunicó una virilidad que debia un dia colocarla en primer rango entre todas las naciones de la tierra. Ahora, como entónces, el cristianismo continua siendo el primer manantial de la civilizacion, el horizonte de la humanidad. Arrebatár á la juventud este horizonte es aprisionarla dentro de un círculo de movimientos sin grandeza y de agitacion sin término. Si, como se ha dicho, Dios no es el fin á donde se camina, ¿de qué sirve caminar? La religion y la verdadera ciencia son consanguíneas: deben nacer y crecer juntas. ¡ Que no intente nunca el hombre separar aquello que Dios ha unido! La España pertenece al cristianismo por su nacimiento, por su génio, por su carácter, por sus obras: no es fuerte ni tiene vida sinó por la fe; y además, siempre ha tenido preces, siempre limosnas, siempre ciencia, siempre sangre y siempre mártires que ofrecerla.

¡ Ah! si ayudados de esas luces y de esa fuerza consentis, padres cristianos, en dedicaros sería y completamente á la educacion de vuestros hijos, ¡ qué dichoso porvenir os preparais! ¡ Cuán dulce os será dirigir los ojos de vuestro amor hácia esos seres queridos á quienes habeis dispensado de tanto trabajo y tanto afecto! ¡ Cuán

ámpliamente compensados sereis entónces de la paciencia afectuosa, vigilante, infatigable con que habeis sabido llevar con resignacion las aflicciones, las inquietudes y los disgustos que acompañaron los primeros cuidados que tuvisteis con ellos!

¡ Puedan estas verdades llegar hasta todos vosotros, muy queridos hermanos nuestros, y ser el objeto de vuestras sérias y continuas meditaciones! ¡ Puedan convertir cada una de vuestras familias en un centro maravilloso de ternura, de fuerza cristiana y de santos ejemplos! De vuestras casas pasará este espíritu á nuestras escuelas, de las escuelas á la sociedad, y se verán realizarse estas palabras de Leibnitz: « Siempre he pensado que el género humano se reformaría si se reformase la educacion.»

Si mi lenguaje há podido ser incomprendible para algunos, les citaré, finalizando, las palabras que S. Juan Crisóstomo, ocupándose del mismo asunto, dirigia á los fieles de Antioquia, y en las que con un hechizo arrobador de uncion y de naturalidad, les demostraba las inefables ternezas de una paternidad fundada en la caridad apostólica:

« Vosotros me teneis, les decia, en lugar de padre, de madre, de hermano, de hermana y de hijo. Todo lo sois para mí, y yo no tengo ni placer ni dolor que me toque en comparacion de los que experimentais: no tendré que responder de vuestras almas, y no por eso quedará menos inconsolable si llegais á perderos, así como un padre no se consuela de la pérdida de su hijo, por más que él haya hecho todo lo posible para salvarle: que os salveis todos sin ninguna excepcion, y que seais todos siempre felices; ved aquí cuanto me basta, y cuanto es necesario á mi propio bienestar. Si alguno se admira de oirme hablar de esta suerte, es sin duda porque ignora lo que es ser padre.»

San Juan Crisóstomo, pues, os ha dicho, hace quince siglos, con más elocuencia que la que podría yo deciros, cuales son mis sentimientos hácia vosotros, muy queridos hermanos míos. Continuator del mismo ministerio, tambien soy padre y sé amaros. Que seais todos salvos y siempre felices; ved aquí lo que me basta, y cuanto es necesario á mi propio bienestar.